

Antonio R.
Esteves

*(Des)tejer lo ya tejido:
la representación de
escritores en
narrativas históricas
de María Rosa Lojo*

«En la primavera de 1885, en el Día de los muertos, un Domingo Faustino Sarmiento anciano y reflexivo camina entre las tumbas de la Recoleta. Se detiene especialmente ante la de Facundo Quiroga, su antiguo enemigo, pero también grandioso personaje de su obra más conocida. No se propone ya a juzgarlo, sino más bien a comprenderlo. Se reconoce a sí mismo en el otro [...]»

MARÍA ROSA LOJO

(Historias ocultas en la Recoleta, 2000)

1. La ficción relea la historia de la literatura

En las últimas décadas se puede constatar, por diferentes motivos, en varias literaturas, el incremento en la publicación de novelas que, de algún modo, tratan de eventos o personajes históricos. Independientemente de que puedan trazarse una genealogía para esa modalidad narrativa, buscando sus orígenes en la novela histórica del siglo XIX, como lo hacen muchos estudiosos del tema; o de circunscribir el fenómeno directamente en la posmodernidad, bajo el concepto de metaficción historiográfica de Linda Hutcheon (1991), no se puede negar la importancia de dicha relectura de la historia propuesta por la

ficción. Tampoco tiene mucha relevancia clasificar ese tipo de narrativa en subcategorías como «novela histórica», a secas; «nueva novela histórica»; «narrativa histórica» o «ficción histórica», entre otras. Rótulos y nomenclaturas pueden servir como estrategias metodológicas, pero deben ser evitadas cuando producen limitaciones (Weinhardt, 1998: 109).

Se trata de un género híbrido en el cual se cruzan diferentes tipos de discurso. Las causas de su proliferación son muchas y variadas, aunque no estudiadas lo suficiente. No es este el objetivo del presente trabajo, aunque se pueda afirmar que en la mayor parte de los casos no se limitan al simple refugio en el pasado causado por un presente hostil y poco promisor. En el caso argentino, la escritora y crítica literaria María Rosa Lojo (2004a, p. 119) indica una demanda social por profundizar el entendimiento del pasado. Y porque el pasado es complejo y agobiante, se nota la urgencia de llegarse a una idea más matizada de lo que pasó y de cómo el pasado puede ayudar a comprender el presente.

Al borrarse las fronteras de los géneros tradicionales, con la mezcla de varios tipos de discurso, el diálogo entre las diversas modalidades de narrativas ficcionales e históricas es frecuente. Entre las novelas que trabajan con personajes históricos hay una categoría que ficcionaliza la figura de los intelectuales en general y de los escritores en particular. Escribir la historia de la literatura a partir de la propia literatura es una senda bastante recorrida por la metaficción historiográfica y de alguna forma siempre estuvo presente. En dichas narrativas, la intertextualidad se da no solamente con la obra del escritor retratado, sino con toda la historiografía del período en que se insierte. Muchas veces, además, se discuten cuestiones similares, como la construcción del canon o el papel del lector y de la crítica en la construcción y mantenimiento de dicho canon. Pero como el canon es una construcción discursiva circunscrita a un período y cambia con el paso del tiempo, un escritor consagrado en determinado momento histórico puede en otro, por la acción de la crítica o de la historiografía, ser relegado a un puesto secundario o incluso ser excluido del canon.

Autora de una obra variopinta que incluye, en el ámbito literario, libros de poemas, colecciones de relatos y varias novelas, Rosa María Lojo, desde la publicación de su primer libro en 1984,

viene ocupando un destacado lugar en las letras argentinas, con varios premios y distinciones en su país y en el exterior. En la larga lista de su obra ficcional merecen destacarse, seis novelas históricas y dos volúmenes de cuentos también urdidos en los borrosos límites entre historia y ficción. El siglo XIX, período en que la cultura argentina asienta sus bases y su literatura publica los textos fundadores, ha sido visitado con frecuencia tanto por la labor investigadora de María Rosa Lojo como por su narrativa ficcional.

A través de una sutil recreación del ambiente intelectual del siglo XIX, María Rosa Lojo trata de discutir y desconstruir el canon literario argentino, poniendo en pauta un debate que todavía hoy eriza los ánimos en los medios intelectuales de su país. Al poner los escritores como protagonistas de sus relatos históricos, la escritora trae para el umbral del siglo XXI, con nuevos matices, la discusión del papel del intelectual en la construcción del discurso que erige la nación.

Así, considerando los límites pertinentes, el presente trabajo se dedica a hacer una lectura de cuatro textos de esa modalidad narrativa que se abordarán según el orden cronológico de sus protagonistas. El primero es el cuento «Amar a un hombre feo», de *Amores insólitos de nuestra historia* (2001), cuyo protagonista es Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), sin duda el intelectual más importante del siglo XIX argentino.

A continuación, se abordarán tres novelas que también ponen escritores en el centro de su acción. La primera, *La pasión de los nómades* (1994), tiene como protagonista al coronel Lucio Victorio Mansilla (1831-1913), cuya obra *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), se contrapone al binomio civilización-barbarie, inaugurado por Sarmiento en su *Facundo* (1840). *Una mujer de fin de siglo* (1999) trata de Eduarda Mansilla (1834-1892), una de las primeras mujeres de las letras argentinas, cuya obra, en la misma dirección de aquella de su hermano Lucio, también trata de presentar una Argentina que discrepa del modelo vigente, sea por los temas, sea por el punto de vista femenino. La última obra tratada, *Las libres del Sur* (2004), ya ambientada en el siglo XX, aborda la formación intelectual de Victoria Ocampo (1890-1979), fundadora de la revista *Sur*, y ficcionaliza el momento en que la mujer finalmente ingresa en el panteón literario nacional, no sin enfrentar gran resistencia.

2. El bárbaro enamorado... (En torno a Sarmiento)

«Yo escandalicé a mucha gente y no eduqué a nadie, aunque Sarmiento (y lo digo sin rencores) no estaba ni siquiera él mismo bien educado. Además era loco, como todo el mundo lo sabía; el apodo de "loco Sarmiento" estaba vulgarmente extendido y no fue sólo un insulto de Juan Manuel de Rosas.»

María Rosa Lojo, en la voz de Lucio Victorio Mansilla
(*La pasión de los nómades*, 1994).

«Amar a un hombre feo», de *Amores insólitos de nuestra historia*, cuenta la relación amorosa entre el autor del *Facundo* e Ida Wickerham (1841-1891), una norteamericana bastante más joven que él, que conoció en el período en que actuó como embajador de su país en los Estados Unidos. El relato está dividido en cuatro partes que narran la historia en orden cronológico. Tres de esas partes están dedicadas a los tres vértices del triángulo amoroso: Sarmiento, Ida y el Dr. Swayne Wickerham (1831-1895), marido de Ida. La otra parte se refiere a las cartas de amor, escritas por Ida a lo largo de más de un cuarto de siglo, que le dan al relato el soporte histórico. El espacio temporal abarca un período que va de 1865, cuando los amantes se conocen, poco después de la llegada de Sarmiento a los Estados Unidos, hasta 1891, cuando muere la bella Ida, tres años después del fallecimiento de su exótico amante.

Una voz narrativa en tercera persona, omnisciente, conduce el relato con un tono irónico, común a ese tipo de narrativa y cuya finalidad es hacer leer críticamente la historia hegemónica, normalmente urdida con matices épicos. Dicha voz va trenzando no solamente los hilos intertextuales, principalmente fragmentos de las cartas de Ida, sacadas del libro del escritor e investigador argentino Enrique Anderson Imbert, quien las publicó en 1968, y escritos del propio Sarmiento. Esa voz se encarga, sobre todo, de orquestar el contrapunteo entre los enfoques. Se establece, de ese modo, un interesante diálogo entre los puntos de vista de los dos protagonistas. A una Ida enamorada al principio, triste y amargada al final, se contraponen un Sarmiento movido por el deseo de conquista al principio, pero que, ambicioso, acaba por olvidarse de la amada para dedicarse a actividades para él mucho más importantes, como alcanzar el sillón presidencial de su país.

El Sarmiento que emerge de las páginas del relato no está en desacuerdo con la figura idealizada por los manuales escolares argentinos. A pesar de que sus aventuras extraconyugales o su predilección por mujeres mucho más jóvenes, casi siempre casadas, puedan ser todavía tabú para sectores conservadores, eran hechos bien conocidos durante su vida. Ello no ha impedido, sin embargo, que él tuviera una de las carreras políticas más brillantes de su tiempo y fuera uno de los intelectuales de mayor prestigio en la Argentina del siglo XIX.

No obstante, el relato hace que el célebre intelectual baje de su pedestal y surja en su intimidad. No solo por la capacidad de conquistar el objeto de su deseo, aunque fuera viejo y feo, sino por el hecho de valerse de su capacidad oratoria. Una vez conquistado el objeto del deseo, él lo descarta casi como lo haría un niño caprichoso poco después de recibir el regalo exigido. La exacerbada autoestima en búsqueda de reconocimiento público suele ser apuntada como una de las marcas de la personalidad de Sarmiento (Lebedinsky, 2009: 19).

Además, al presentarlo bajo el punto de vista de la amada abandonada, el relato invierte la forma tradicional de leer la historia, predominante en su tiempo y en muchos puntos vigente hasta los días actuales. Si al principio es el ojo del cazador que mira a la presa y hace de todo para tenerla, poco después será el ojo de la mujer que guiará la narrativa. Por ser una narrativa histórica, contada sin anacronismos, no hay sorpresas en el final. Como ocurría en el siglo XIX, es la mujer quien carga con el peso de la historia. Abandonada por el amante y por el marido, Ida termina sola, apuntando en el balance de su vida, más deberes que haberes.

Sin embargo, se puede constatar por lo menos dos interesantes rupturas en relación con los principios impuestos a la cultura argentina del siglo XIX por las ideas del mismo Sarmiento. Aunque la antinomia civilización-barbarie ya existiera, será su *Facundo* el que hará de ella uno de los pilares sobre el cual se levantará el discurso fundador de la nación argentina, de su cultura y de su literatura. Y bajo muchos aspectos, se puede afirmar que dicho discurso sigue aún vigente, quizás por la fuerza con que esa idea fue difundida por el sistema educativo idealizado por el propio Sarmiento y después implantado en toda la nación erigida en el vacío del desierto (bárbaro) (Halperín Donghi, 2005).

Uno de los modelos de civilización buscados por Sarmiento está en los Estados Unidos, país que él admira y respeta. Así, resulta curiosa, en el contrapelo de las imágenes que él tiene de aquel país y de su cultura, la imagen que Mrs. Wickersham construye de su exótico amante latino. En su relato, María Rosa Lojo hace invertir la ecuación sarmientina que ve en la civilización, y evidentemente en su pensamiento ilustrado, el modelo positivo. Ida identifica el amado con dos imágenes que en el *Facundo* son como dos caras de la misma moneda y que él proyecta en el bárbaro: el gaucho y el caudillo.

En sus encuentros amorosos, Ida le hace repetir el relato del idilio entre el caudillo paraguayo Francisco Solano López (1827-1870) y su esposa irlandesa Madame Lynch (1835-1886). Sin embargo, en su fantasía Ida se identifica con Elisa y se imagina en un ambiente que mezcla paisajes, aunque se acerque más a la tropical selva paraguaya que a la pampa argentina. En dicho ambiente ella reconstruye el viejo y feo Sarmiento que tiene a su lado, al que no obstante quiere, y sustituye su figura por la imagen de Juan Facundo Quiroga (1788-1835), que el mismo Sarmiento le transmitía al leerle páginas de su *Facundo*. Pero en los sueños de Mrs. Wickersham, el tigre que su Sarmiento-Facundo derrota, más que «los gatos grandes, o jaguares, que asuelan los montes de San Juan y La Rioja» (Lojo, 2001: 200), es un tigre de Bengala. Y su valiente amado deja de ser un gaucho argentino para transformarse en un jinete árabe. Otra vez se revierte la imagen sarmientina, una vez que en sus escritos él solía comparar el bárbaro gaucho de las pampas argentinas con los indomables caballeros árabes del desierto.

Como un bumerán, invirtiendo el foco, el relato, a través del deseo de Ida, transforma el culto y civilizado intelectual, como él se consideraba a sí mismo, en un bárbaro caudillo; una manifestación de las fuerzas brutas del desierto que él tanto abominaba. Es esta la bestia de quien la bella y civilizada norteamericana de origen francés se enamora y por quien será abandonada en detrimento del poder que él pasa a ejercer en su lejana república austral.

El texto también se refiere al asesinato del general montonero «el Chacho» Peñaloza (1796-1863), ordenado poco antes por el mismo Sarmiento, mientras todavía ejercía la gobernación de su natal Provincia de San Juan. En dicha ejecución, prácticamente

un asesinato, se usa el mismo bárbaro método que el ilustrado intelectual solía atribuir a sus enemigos políticos Juan Manuel de Rosas (1793-1877) o Juan Facundo Quiroga. La obstinada lucha de Sarmiento para llegar al poder, acaba por transformarlo también a él en una especie de caudillo, aunque ilustrado.

Irónicamente la voz narradora, en el hilo de las paradojas que produce, al aproximar imágenes y textos contrapuestos, concluye: «La Historia, que es una mujer —y como todas ellas, madre o amante, más que amiga— perdonará yerros o excesos» (Lojo, 2001: 196-197). La visión de la historia cuyos excesos necesitan ser superados, bastante peculiar en la narrativa histórica de María Rosa Lojo, se completa con esa reivindicación de la mirada femenina. La mujer, en fin fuente de vida, a pesar de los sufrimientos a que ha sido sometida por los hombres a lo largo de los tiempos, ostenta el poder de regenerar el mundo y, de algún modo, transformarlo en un lugar mejor. Eso parece decir el texto de la escritora argentina, a contrapelo de las reductoras lecturas direccionadas por cierta historia, más que hegemónica, podríamos decirlo, de manuales escolares.

3. El nómada y sus pasiones... (En torno a Lucio V. Mansilla)

«La patria sabe demasiados nombres. [...] Los de los muertos que se desangraron aquí. [...] Godos y criollos, unitarios y federales, indios y cristianos».

María Rosa Lojo, en la voz de Jorge Luis Borges
(*Las libres del Sur*, 2004).

Transitando en una especie de entre-lugar discursivo (Santiago, 2000), en la borrosa frontera entre ficción e historia, literatura y ensayo, María Rosa Lojo (1996, 2005), suele afirmar que el estudio de la literatura argentina del siglo XIX, que trata de la ocupación de las fronteras, espacio conquistado a los nativos en una serie de guerras de exterminio, acabó por direccionar su obra ficcional. Se puede afirmar así que la consolidación de su carrera literaria se da con la publicación, en 1994, de *La pasión de los nómades*, uno de cuyos protagonistas es Lucio Victorio Mansilla, inmortalizado en el panteón literario argentino gracias a *Una excursión a los indios ranqueles* (1870). La novela, sin embargo, fue idealizada y escrita paralelamente a *La «barbarie»*

en la narrativa argentina – Siglo XIX, publicada en el mismo año, en la cual Lojo fija una cartografía de la barbarie, tan sólidamente asentada en las letras argentinas.

Escritor, explorador, excursionista, militar, diplomático, político poco afortunado, *gourmet* y casi un *dandy* profesional, como el personaje se define a sí mismo en la novela (Lojo, 2008: 40), Mansilla era sobrino de Juan Manuel de Rosas, quien durante décadas condujo de modo sangriento las riendas de aquel país que acabaría por dar origen a la Argentina. El dictador sería inmortalizado como una especie de encarnación de la barbarie, imagen con que aparece en los escritos de sus opositores, entre los cuales se destaca Sarmiento.

Hijo de un general, Lucio Victorio tuvo, así como su hermana Eduarda, la formación de la elite de su tiempo, en un verdadero cruce entre civilización y barbarie. Como miembro de la oligarquía local, frecuentó escuelas cuyo modelo era europeo y pudo acceder a los principales clásicos del siglo XIX, muchas de cuyas ideas incorporó, tanto en lo literario como en lo político. Al mismo tiempo, descendiente de una típica familia criolla, cultivó aquello que Sarmiento establece como base de la barbarie y tuvo contacto directo con el sistema económico y social vigente, además de haber viajado prácticamente por todo el país y haber podido participar, como militar, en los diversos conflictos de su tiempo.

Para tratar de las aventuras y desventuras de Mansilla, elevado a la categoría de protagonista de su novela, María Rosa Lojo se vale de una compleja trama narrativa. En seis partes, se alternan dos voces que subvierten tiempos y espacios convencionales y narran viajes espaciales y temporales. La primera voz es de Rosaura dos Carballos, del linaje de la Morgana de las sagas celtas, que abandona su tierra disfrazada en condición humana, en un viaje neo-inmigratorio, para refugiarse en la Argentina menemista de fines del siglo XX, después de que sus poderes han mermado bastante con los siglos de racionalismo, colonialismo y otros logros de la Revolución Industrial (Lojo, 2008: 26).

En Castelar, pueblo de la periferia de Buenos Aires, Rosaura y su tío Merlín se encuentran con el fantasma transhistórico de Mansilla que, cansado del monótono paraíso al que fuera relegado, regresa para observar cómo van las cosas por su tierra. Mansilla recibe un cuerpo provisorio por mágicas de Rosaura y

juntos ellos deciden rehacer el antiguo periplo a la tierra de los indios ranqueles.

«Nuclear», la cuarta parte de la novela trata del viaje de los personajes actuales en las huellas del viaje y del relato del Mansilla del siglo XIX. Significativamente, en el final de la aventura y de la novela, los dos protagonistas prefieren no regresar a sus universos originales. Rosaura abandona su mundo celta y penetra en el mundo mapuche. Busca refugio en el interior de la Casa de Plata, en la cual, en comunión con fuerzas telúricas de la naturaleza, urde el tejido de la fecundidad, tramando los dibujos de la vida a partir de espacios simétricos.

Tampoco Mansilla regresa al mundo de los vivos y a la civilización. Se abriga en el universo indígena, en compañía del cacique Mariano Rosas o Panghitruz Guor (1825-1877), el Zorro Cazador de Leones, uno de los últimos jefes nativos. Mestizo de ojos claros, cautivo cuando joven en la estancia de Rosas, de quien hereda el nombre cristiano, ese altivo indígena, alegoría de la cultura mestiza argentina, en sus diálogos con Mansilla, tanto en su libro sobre los ranqueles, pero principalmente en la novela de Lojo que lo relee, se dedica a corroer el concepto de civilización. «Pienso que poco a poco estaremos todos tan mezclados que nos costará reconocernos [...]» (Lojo, 2008: 231), constata en fin Lucio Victorio. Es de Mariano, en la novela, la afirmación de que todos los cristianos deberían pedir perdón a los nativos por haberlos acusado de ser bestias y groseros sólo por el hecho de bailar, cantar o rezar de otra manera (Lojo, 2008: 232). Dicha propuesta de lectura para la historia argentina representa un cambio en la forma de ver las relaciones entre bárbaros y civilizados.

Mucho se ha escrito sobre *La pasión de los nómades*, quizás el punto máximo de la narrativa de María Rosa Lojo. En la novela aparecen de modo ejemplar temas y formas que se reiteran a lo largo de toda su obra, como la disolución de las dicotomías civilización-barbarie, campo-ciudad, femenino-masculino, memoria-olvido, entre otras, como muy bien señala Marcela Crespo (2008), en uno de los principales trabajos sobre la escritora.

Profundamente metaficcional, la obra tiene como protagonista el escritor que ya en el siglo XIX dialogaba de modo ejemplar con el canon fijado por Sarmiento. Por un lado, el libro de Mansilla se vale del modelo establecido en el *Facundo* para la literatura

nacional, es decir, la mezcla de géneros (Jitrik, 2009: 60). Si la obra prima de Sarmiento puede leerse como novela, ensayo histórico, geográfico, sociológico o incluso como manifiesto político; también el libro de Mansilla puede leerse como novela (Lojo, 1994: 131), género epistolar, relato de viajes, ensayo histórico, sociológico, antropológico o manifiesto político.

Por otro lado, a pesar de que formalmente siga la impronta sarmientina, *Una excursión a los indios ranqueles* representa ideológicamente una contralectura de *Facundo*, una vez que invierte la antinomia civilización-barbarie. En muchos aspectos, de acuerdo con Mansilla, el nativo es más civilizado que el blanco urbano, del mismo modo que el desierto no es un espacio vacío a ser ocupado por la nación-civilización; sino un espacio en el cual vive una cultura que merece ser reconocida y valorada.

Ese diálogo, en sí bastante fértil, ya establecido por un contemporáneo del mismo Sarmiento, es una entre las muchas facetas de *La pasión de los nómades*. La novela acaba por disolver esas grandes antinomias literarias e instaura, de acuerdo con Marcela Crespo (2008: 3), un espacio intersticial marcado por la imprecisión de los límites entre ficción y reflexión metatextual que conduce a un complejo diagrama de identidades fragmentadas donde los conceptos de propio y de ajeno deben ser replanteados. Ello sería la marca de una literatura que, al mismo tiempo que acepta, también cuestiona los discursos fundadores de la literatura argentina.

Más que una especie de exilado de la historia, el personaje Mansilla de esa novela, al rehacer el recorrido del escritor-explorador del siglo XIX, parece confirmar que el presente es el tiempo del exilio, una especie de puente entre un pasado recordado y un futuro utópico (Crespo, 2008: 120). Se trata de un tiempo ambiguo, a la vez aniquilador y preñado de significados, parece enseñar la novela. Dichos significados se construyen en las fisuras de los diálogos entablados tanto con el pasado, es decir, la tradición literaria, como en el presente pleno de rupturas posmodernas.

En ese contexto se pueden leer dos fragmentos de la novela en que el personaje Mansilla dialoga con la tradición literaria. En el primero surge el espectro de otro personaje basilar de la literatura argentina: Martín Fierro, presentado de modo bastante carnavalizado. El diálogo entre ellos, sin embargo, arranca directamente de las discusiones académicas sobre el papel

del personaje de José Hernández (1834-1886). A pesar de la descripción irónica que Mansilla hace de Fierro, reafirma el punto convergente entre ambos: él lo estima no sólo por su lujosa vestimenta típica, la del gaucho idealizado, «sino por ser contrera de Sarmiento» (Lojo, 2008: 147).

Ya el capítulo que discute la posmodernidad abre otro diálogo significativo: la inversión de la lectura de la tradición trae para el centro del texto las minorías del pasado, en especial mujeres e indígenas. Por la voz de Eduarda, la hermana de Lucio que también aparece como personaje, la novela hace una lectura crítica de la obra de Lucio Victorio, que como escritor del siglo XIX, tiene una visión machista cuando se refiere al papel de la mujer en la sociedad de su tiempo. El discurso, sin embargo, se articula con tan fina ironía, que también hace entrever una crítica a los recientes estudios culturales, importados de las academias norteamericanas.

La discusión entre Lucio y Eduarda, bastante rica, se teje en el eje de la metaficción. En ella, la obra literaria de ellos, escritores del siglo XIX, se lee a través del contrapunto entre la crítica de su tiempo, que poco valoró sus escritos, y la crítica actual. Quizás eso haya ocurrido porque ambos, de alguna forma, no atendían a lo que la crítica de su tiempo exigía para el ingreso en la república de las letras. La crítica actual, por su lado, busca encontrar en sus obras una forma alternativa de replantear el canon literario argentino. Sin reducir a Eduarda a una escritora feminista y Lucio a un mero defensor de las minorías étnicas y cultor de géneros híbridos alternativos, sus obras son polivalentes y ofrecen un contrapunto al binomio civilización-barbarie, defendido por el panteón literario del siglo XIX, formado por vetustos patriarcas que importaban sus modelos de París.

Curiosamente, ambos, de algún modo se incluyen en una especie de exilados que han vivido buena parte de sus vidas lejos de su tierra, con largos períodos en Europa. Ello, sin embargo, no ha impedido que produjeran obras que chocaban frontalmente con el modelo impuesto por Sarmiento. Tanto Lucio Victorio en su *Excursión a los indios ranqueles* (1870), como Eduarda en varias de sus novelas, *Pablo, ou la vie dans les Pampas* (1869), por ejemplo, incluso antes que su hermano, revisan las dicotomías civilización-barbarie o campo-ciudad, para construir casi un anti-*Facundo*, demostrando que la mayor barbarie

está en los blancos que se creen civilizados y tratan de imponer su modelo cultural (Lojo, 2010: 21).

4. Mujeres de fin de siglo... (En torno a Eduarda Mansilla)

«Sin embargo, tal vez los ejemplares humanos más extraordinario del Sur de América no eran varones sino mujeres. Un mundo que comienza habla siempre a través de sus mujeres, así como un mundo que culmina lo hace generalmente a través de sus hombres».

María Rosa Lojo, en la voz de Waldo Frank.
(*Las libres del Sur*, 2004)

A lo largo de *La pasión de los nómades*, como se ha visto, Eduarda, la hermana más joven de Lucio Victorio, aparece retratada de modo cariñoso por el hermano y con él discute el modo machista en que él trata las mujeres en su obra. A pesar de la aparición puntual en esa novela, cinco años más tarde ella vuelve a la ficción de María Rosa Lojo, ahora como protagonista.

Se puede considerar a Eduarda Mansilla de García como una mujer que ha intentado liberarse de las cadenas que prendían las mujeres de su tiempo, incluso aquellas de las clases dominantes, a una pauta unificada de comportamiento. Aunque se hubiese casado y constituido familia, madre de seis hijos, esposa de un diplomático que peregrinó por varias partes del planeta, Eduarda trató de romper con esa pauta. Autora de varias novelas y relatos de viaje, algunos de los cuales publicados con seudónimo masculino, ella no ha conseguido un espacio relevante en la república de las letras de su país, entonces dominada por circunspectos varones que destinaban a la mujer dos papeles: angelical esposa y madre cariñosa o lúbrica cortesana. Al tratar de romper el estereotipo, Eduarda no siempre fue comprendida y sufrió el precio de tal insubordinación.

Una mujer de fin de siglo (1999) trae las reflexiones de otra mujer de fin de siglo, la ya entonces reconocida escritora María Rosa Lojo, para las páginas de la novela al recontar la historia de Eduarda Mansilla un siglo más tarde. Ya en el prólogo se reitera que no se trata de una biografía, sino de una novela inspirada en la vida de Eduarda. El contrapunto, que en *La pasión de los nómades* se hacía con el ensayo y con el relato de viajes, ahora se hace con las escritas del yo, biografías, autobiografías y libros de memorias. También aparecen los relatos de viaje, por

la propia particularidad de la vida de Eduarda, que pasó grandes períodos de su vida por las cortes europeas acompañando al marido.

En esta novela, pensada y escrita a partir de necesidades del presente, en la que los personajes históricos también son símbolo de los sueños, como señala la propia autora (Lojo, 2007: 07), se entretajan tres voces narrativas cada una de ellas encargada de relatar una etapa de la vida de Eduarda. Los momentos históricos también son tres. El primero es 1860, cuando Eduarda está en los Estados Unidos y la narrativa toma su voz para discutir el papel de la mujer en la sociedad, a partir de contrapunto con las feministas norteamericanas de la época. El segundo es 1880, cuando Eduarda vuelve a la Argentina, con el intento de luchar por un lugar en la vida literaria argentina: aquí la voz narrativa, para crear la distancia necesaria, pasa para Alicia Frinet, una secretaria ficticia que cuenta los hechos. El tercero es 1900 y la voz narrativa pasa para Daniel, el hijo preferido de Eduarda, quien narra los instantes finales de la vida de su madre y representa el contrapunto familiar que, de algún modo, también trató de limitar la acción de Eduarda como intelectual.

Sin las rupturas temporales o los elementos mágicos de *La pasión de los nómades*, cuyo núcleo es la discusión de la identidad argentina, la narrativa serena de *Una mujer de fin de siglo*, más lineal y realista, defiende el derecho de la mujer de ser tratada con igualdad en una sociedad desigual que era la sociedad argentina del siglo XIX y que en muchos aspectos sigue siendo la sociedad argentina actual.

El diálogo intertextual ocurre principalmente con la obra de la propia Eduarda, en especial sus *Recuerdos de viaje* (1882). También están presentes sus novelas y su colección de cuentos infantiles de 1880, uno de los primeros libros de cuentos dedicados al público infantil sin el típico tono didáctico y moralizante que era común en su tiempo, pero que proponía, sin otras ambiciones, introducir los niños al placer de la lectura (FILER, 2007, p. 1999). Del mismo modo, la tercera parte de la novela dialoga con el libro de memorias de Daniel, *Visto, oído y recordado*.

Además de estos textos, sin embargo, hay una red intertextual finamente tejida a lo largo de la novela, con obras de escritores con los cuales Eduarda se relacionó o que fueron contemporá-

neos suyos, tanto en Argentina, como en Europa. Ente los argentinos merece destacarse su hermano Lucio, uno de sus incentivadores. También aparecen Eduardo Wilde (1844-1913), Carlos Guido y Spano (1827-1918), Eugenio Cambaceres (1843-1888), Lucio Vicente López (1848-1894) y el propio Sarmiento.

Estos intelectuales, cultos y afrancesados, la mayor parte de ellos profesionales liberales o políticos que también se dedicaban al periodismo y a las letras, constituyen la fina flor de la llamada Generación de 1880, que marca la transición del romanticismo para el realismo-naturalismo argentino. La novela de María Roja Lojo, con sutil ironía, explicita su diletantismo, hecho que no impedía que ellos criticaran las pretensiones de Eduarda Mansilla de ingresar en el panteón literario nacional a pesar de que, en muchos aspectos, su obra hoy puede leerse con mucho más interés que la obra de esos escritores.

La discusión de la antinomia civilización-barbarie aparece en varios puntos de la novela. En la primera parte hay un curioso diálogo entre Manuel García, el marido de Eduarda, y una feminista norteamericana interesada en la situación de la mujer en Argentina, en el que Manuel trata de aclarar que los argentinos no son bárbaros. De todos modos, casi toda la primera parte de la novela establece un contrapunto entre la visión norteamericana de una Argentina hispánica y católica, habitada por indígenas de costumbres bárbaras y por feroces animales salvajes y la visión que los propios argentinos tienen de sí mismos. La ironía en relación con ese tema está en el hecho de que los Estados Unidos, modelo idealizado donde Sarmiento busca las maestras para sus Escuelas Normales que deberían civilizar el país, se están hundiendo en la Guerra de Secesión (1861-1865), contemporánea al período relatado, en la cual los norteamericanos se matan de modo bárbaro.

En 1860, Eduarda ya tiene publicada su primera novela, *El médico de San Luis* y está concluyendo la segunda, *Lucía Miranda*, que sale en el mismo año. La protagonista presenta al lector una reseña de esa obra pionera, tanto en la novela histórica, como en la presentación positiva de dos grupos subalternos: la mujer y el indígena. Dice Eduarda: «Mi Lucía se debate entre el amor lascivo de Siripo y el amor conyugal, ardiente pero austero, de Sebastián Hurtado» (Lojo, 2007: 49). En este fragmento, ella manifiesta la duda común a la mujer del siglo XIX, emparedada

entre su deseo, su cuerpo, y las imposiciones de una sociedad burguesa que le relega al papel de hembra reproductora, tantas veces discutido por la literatura de la época, incluso aquella de autoría femenina.

En esta dirección apunta la lectura de *Una mujer de fin de siglo*: discutir y hacer repensar el papel que la sociedad, tanto aquella dicha periférica (la de Argentina, por ejemplo) cuanto la central (la de los Estados Unidos o de Europa, por ejemplo), viene destinando a las mujeres a lo largo de los siglos.

5. La ardua conquista de la república letrada... (En torno a Victoria Ocampo)

«Soy la gran interrogación de una boca todavía muda, que dirá palabras esperadas pero aún desconocidas. Soy la forma imprecisa de las rebeliones, el viento que levantará todos los médanos para reconstruirlos en otro lugar, de otra manera. Soy la promesa de mí misma, la mano que escribirá a ciegas sobre un papel futuro».

María Rosa Lojo, en la voz de Eduarda Mansilla
(*Una mujer de fin de siglo*, 1999).

Contra el destino impuesto por las normas sociales construidas por la moral burguesa controlada por los varones, se rebela la protagonista de *Una mujer de fin de siglo*, intentando contestar una pregunta que ella hace y que no es diferente de la pregunta que debe haber hecho tantas veces Eduarda Mansilla, la escritora del siglo XIX: «¿Qué tendría que ser una mujer? Lo que ella quiera. Solamente eso» (Lojo, 2007: 204). Contra ese destino también se rebelan las protagonistas de *Las libres del Sur*, novela publicada en 2004.

Pese a que la novela traiga en el título un plural que deja muy claro referirse a un conjunto de mujeres, el subtítulo dirige el ojo del lector hacia una protagonista que representa todo el género: *Una novela sobre Victoria Ocampo*. Asimismo queda claro que no se trata una biografía más de la fundadora de la revista *Sur*.

Evocando el episodio de «Los libres del sur», de la época rosista, el título envía una lazada hacia el pasado y dialoga con el discurso de la defensa de la libertad contra la opresión. También evoca la letra del *Himno Nacional Argentino*, basado en los versos del poeta Vicente López y Planes (1785-1856), de 1813, repetidos a lo largo de la historia del país cualquiera que sea el

concepto de libertad defendido por quien los canta. Al cambiar el género del sustantivo principal de la expresión, se invierte el foco. Ya no se trata de un discurso patriarcal y oligárquico del siglo XIX, aunque libertario, pero se reporta a un sujeto femenino, aunque siga siendo oligárquico. Al mismo tiempo, «Sur», además de las claras referencias geográficas a la República Argentina, remite al nombre elegido por el grupo de intelectuales, liderados por Victoria Ocampo para designar la revista fundada en 1931, con el claro objetivo de cambiar las tradicionales relaciones de poder entre el norte-centro y el sur-periferia.

En dicha novela, en fin, una vez más viene para el centro de la acción el protagonismo femenino y la construcción de la mujer intelectual en tierras dominadas por el hombre. Las protagonistas son dos, Carmen Brey, personaje inventado por la escritora para narrar en primera persona los años de formación intelectual de Victoria Ocampo, quizás la intelectual argentina más importante del siglo XX. En sus cuatro partes, recrea el ambiente cultural de la cosmopolita, pero conservadora y patriarcal, Buenos Aires de las primeras décadas del siglo XX y narra las relaciones de Victoria Ocampo con un grupo de intelectuales extranjeros que ella agasaja y por los cuales estuvo, de cierto modo, enamorada.

Entre ellos están el poeta indio Rabindranath Tagore (1861-1941), el filósofo español Ortega y Gasset (1883-1955), el filósofo alemán von Keyserling (1880-1946), el intelectual norteamericano Waldo Frank (1889-1945), o el escritor francés Drieu de la Rochelle (1893-1945). Además, la novela está poblada por intelectuales y escritores argentinos de las primeras tres décadas del siglo XX, en especial el grupo que hizo parte de la creación de *Sur*: Eduardo Mallea (1903-1982), María Rosa Oliver (1898-1977) y Jorge Luis Borges (1899-1986), entre otros.

Para narrar la consolidación intelectual de Victoria, la novela se vale del punto de vista de Carmen Brey, una culta joven gallega que viene a Argentina en busca de un hermano y acaba como una especie de secretaria de Victoria. Su mirada extranjera permite mantener una distancia que permite una evaluación crítica tanto en el relato de la vida de Victoria, cuanto en la presentación de su carácter fuerte y en la forma en que esta oligarca va tejiendo una red de relaciones culturales que culmina en uno de los proyectos literarios más sólidos del siglo XX.

A través de la mirada de Carmen, la narrativa teje una amplia red de diálogos intertextuales que pasa por las memorias de Victoria Ocampo o de María Rosa Oliver, en la reconstrucción de aquellas décadas. Asimismo están presentes fragmentos de obras de diversos intelectuales, críticos o escritores, que desfilan a lo largo de la novela, en las más diversas formas de referencia.

En este amplio mosaico de textos que se entrecruzan, dos núcleos básicos se destacan. El primero es la lucha de Victoria para conquistar un espacio en las letras argentinas y en las relaciones entre ese universo, periférico en fin, por más que las clases ilustradas del país circularan por París. En ese contexto, la fundación de *Sur*, más que traer para Argentina las ideas que circulaban en Europa, también pretende invertir el sentido de la flecha, haciendo que la voz del sur también llegue al norte. «Pasado y futuro, cultura y naturaleza, arte popular y arte de las vanguardias se trenzaban en el camino singular de la flecha sureña» (Lojo, 2004b: 252).

Históricamente la idea de esa circulación de hacer literarios se debe a Waldo Frank, en verdad un hombre que no había pretendido ver en Victoria una musa, una madre, una amante o una esposa. Él trataba de verla como una igual: una intelectual. Y de esa idea surge el segundo núcleo de la novela, quizás el más importante. Se refiere a la actuación de esas mujeres en la construcción de un espacio sociopolítico y cultural de las mujeres en una sociedad hasta entonces regida por la voluntad patriarcal. La vida de Victoria, en ese contexto, se relata como una ardua batalla contra la exclusión femenina, en defensa de la igualdad entre los géneros. La forma en que se desconstruyen los discursos misóginos de Ortega y Gasset o de Von Keyserling es paradigmática.

En su complejo tejido, la novela también plantea la discusión de otros temas. Entre ellos, como ocurre en prácticamente toda la obra de María Rosa Lojo, están la identidad argentina, la historia argentina o el canon literario argentino. La tercera parte de la novela (Lojo, 2004b: 127-184), por ejemplo, entreteje de manera ejemplar estos temas, al relatar el viaje de Carmen a una aldea indígena del interior de la pampa en busca de su hermano. La acompañan hasta Los Toldos, Leopoldo Marechal, «partero de mañanas sureñas» y Jorge Luis Borges, «inventor

de los arrabales». De ahí hasta la toldería indígena, tendrán la compañía de la niña que vendría a ser Evita Perón.

Dicha parte incluye discusiones literarias y una parodia del cuento «El sur», de Borges, en el cual el escritor es protagonista de un conflicto con los gauchos. Además de la discusión del binomio civilización-barbarie, del desierto en la cultura argentina, del papel del gaucho en esa cultura, también se discute el papel de la mujer en la sociedad argentina de las primeras décadas del siglo xx. La presencia de la mujer adquiere relieve en esa Argentina profunda, a través de la presencia de personajes secundarios, sólidamente incrustados en la narrativa principal. Son ellas la soñadora niña Eva que colecciona retratos de actrices y quiere ser una de ellas; la costurera Juana Ibarguren, su madre, que educa sola a sus hijos con el fruto de su labor; la *machi* mapuche Juana Rawson Guaiquil que guía Carmen hasta su hermano y le da sabios consejos; y Sara Coliqueo, la indígena tejedora de mantas, madre de los dos hijos mestizos de Francisco, el hermano de Carmen, finalmente encontrado.

Al regresar a Buenos Aires, Carmen Brey ya no podrá ver la ciudad con la misma mirada de antes. Para ella, la ciudad que consideraba cosmopolita y europea, es como un palacio de fantasía, construido sin cimientos sólidos sobre el desierto inalterado que constituía aquella Argentina profunda. Y la visión de esa Argentina, acaso la verdadera Argentina que muchos no conseguían ver en aquellas primeras décadas del siglo xx y que otros siguen negándose a ver casi un siglo después, parece ser lo que la lectura de la novela de María Rosa Lojo pretende señalar.

6. (Re)lecturas de la historia de la literatura argentina... (A modo de conclusión provisional)

«Quisiera saber yo si todo escritor no se propone seducir y admirar a sus lectores y si toda literatura no es también un ejercicio teatral de fascinación».

María Rosa Lojo, en la voz de Lucio Victorio Mansilla
(*La pasión de los nómades*, 1994).

Consciente de que arte y literatura son constelaciones simbólicas que representan determinada sociedad que incluye un imaginario, los valores, la memoria, los conflictos y los miedos; cons-

ciente de que la literatura posibilita la experiencia muchas veces catártica de identificación, de reconocimiento y de indagación en los estratos más profundos de un grupo social (Lojo, 2004 a, p. 109), María Rosa Lojo se vale del importante papel del intelectual. En primer lugar, como crítica literaria trata de identificar cómo se construye el discurso identitario de su país, a partir del pensamiento literario. Como escritora, valiéndose de las técnicas específicas de la literatura, como la ironía o la risa regeneradora, ella trata de desconstruir tales mitos, señalando su fragilidad. Del mismo modo que se puede construir un discurso, también se puede desarmarlo, como un perito desarma una bomba. A través de las palabras, organizadas en eficiente discurso.

A más de un siglo desde la construcción del mito glorificador de la civilización, asentado en ideas oriundas del centro, se puede constatar que tales construcciones discursivas no han impedido, en el caso de la cultura argentina, la reiteración de la violencia y de la opresión.

El discurso hipócrita de los próceres tampoco ha contribuido para que los argentinos superaran el trauma original de la violencia de la colonización. Eliminar el nativo del discurso nacional, fingiendo tratarse de una sociedad blanca y europea, no ha contribuido para que los argentinos resolvieran su problema de identidad. Confiando en la fuerza de la palabra, la intelectual María Rosa Lojo, valiéndose de la memoria literaria, vuelve a los intelectuales del período de la construcción de esos mitos y, a través de la relectura de sus obras, trata de encontrar elementos disonantes, no considerados o poco considerados por el canon. Y se centra especialmente en intelectuales considerados excéntricos, como pueden ser los hermanos Mansilla, para en ellos buscar elementos despreciados por el discurso hegemónico. Sea la mujer, el indígena o el gaucho mestizo, en la obra de Eduarda. Sea el indígena o el gaucho, en caso de Lucio. Del mismo modo, la voz y el papel de la mujer aparecen retomados a través de la acción y de los escritos de Victoria Ocampo o de las cartas de Ida Wickersham dirigidas a Sarmiento.

Al ficcionalizar estos escritores, señalando facetas poco consideradas de sus obras y retomando sus palabras, la narrativa de María Rosa Lojo rescata discursos olvidados o poco considerados. Al levantar el velo que los cubre, trata de encontrar otras

soluciones posibles; intenta señalar nuevos caminos para resolver viejos problemas, heridas que se resisten a cicatrizar. Caminos que consideran aquellos sujetos marginados, olvidados o demonizados por el discurso hegemónico erigido a partir de la Generación de 1837, en especial a partir del pensamiento sarmientino.

Sin embargo, un Sarmiento multifacético, paradójico, pero humano, surge de la visión privilegiada de Ida Wickersham, filtrada por el deseo de la mujer enamorada que consigue ver en él no solo el político que no mide esfuerzos para conquistar sus objetivos, sino a un hombre solitario y fragilizado, que además del poder, también busca la realización del amor. La sensibilidad de la escritora, consciente de que la mirada femenina, poco considerada en el establecimiento del discurso de la nación y del canon literario, ofrece otro punto de vista, enriquece así la lectura de la vida y de la obra de este hombre que idealizó una nación civilizada en el desierto de la barbarie argentina (Halperín Donghi, 2005), aunque para ello no se debiera ahorrar sangre de gauchos (Luna, 2004: 93).

Tan contradictorio como Sarmiento fue el coronel Lucio Victorio Mansilla. Además de definir como loco el presidente cuya candidatura él mismo ayudó a articular y bajo cuyas órdenes llevó a cabo la excursión a los territorios indígenas que le trajo fama literaria, su obra choca de frente, en muchos aspectos, con el concepto de civilización defendido por aquél.

Al proponer disolución del maniqueo par civilización-barbarie, un tópico literario, mito y anatema político (Lojo, 2005), objeto de varios estudios, el núcleo más importante de estas obras de María Rosa Lojo también defiende la inversión del punto de vista. Así, en el conjunto de su obra, y en especial en las narrativas aquí trabajadas, se opera un desplazamiento de la voz narrativa para la mujer, que viene luchando para conseguir un espacio en la república letrada argentina desde la constitución del sistema cultural y literario propios. En este sentido, merece destaque no solo el hecho de contarse la historia amorosa de Sarmiento bajo la perspectiva de Ida Wickersham, pero, sobretudo, el protagonismo de Eduarda Mansilla y Victoria Ocampo, en las dos novelas abordadas. Ellas representan un punto alto de la literatura de autoría femenina, cada cual en su tiempo. Y ni por ello su vida intelectual ha sido fácil y su reconocimiento,

incluso con la ampliación del espacio ocupado por la mujer en la sociedad contemporánea, sigue siendo pequeño.

A eso se dedica María Rosa Lojo con la relectura de la república letrada que presenta en sus narrativas históricas. En el entrecruzar de voces conjuradas, apócrifas o prestadas de la tradición, fluye un inmenso caudal de palabras entre las cuales navega el lector. Se erige entonces, un universo que representa un espacio en el cual el recuerdo se disuelve en el sueño y viceversa. Se trata de una especie de espejo infinito de versiones y escrituras que generan otras versiones y escrituras en las que la palabra se construye plenamente y permite, al reconstruir el pasado, comprender el presente (Flawiá De Fernández, 2001: 94). Y también preparar el futuro, ¿por qué no?

Bibliografía

- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE: *Una aventura amorosa de Sarmiento: cartas de Ida Wickersham*, Losada, Buenos Aires, 1968.
- CRESPO BUITURÓN, MARCELA G.: *Andar por los bordes. Entre la historia y la ficción: el exilio sin protagonistas de María Rosa Lojo*. Facultad de Letras de la Universidad de Lleida, Lleida, 2008. (Tesis de Doctorado).
- FERNÁNDEZ, JAVIER: «Cronología». In SARMIENTO, Domingo F. *Viajes*. Ed. crítica de Javier Fernández. 2.ed. Madrid; París; São Paulo: Archives; EDUSP, 1996.
- FILER, MALVA A.: *Una mujer de fin de siglo: Eduarda Mansilla, una vida y una época*. In Arancibia, Juana A., Filer, Malva A. y Tezanos-Pinto, Rosa. (eds). *María Rosa Lojo: la reunión de lejanías*, ILCH, Buenos Aires, 2007.
- FLAWIÁ DE FERNÁNDEZ, NILDA: «Mujeres, hombres; pasado y presente en dos novelas de María Rosa Lojo» [*La pasión de los nómades* y *Una mujer de fin de siglo*], *Itinerarios literarios. Construcciones y reconstrucciones identitarias*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2001, pp. 83-94. Disponible en www.mariarosalajo.com.ar. Acceso 31 jul. 2010.
- HALPERÍN DONGHI, TULIO: *Una nación para el desierto argentino*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2005.

- HUTCHEON, LINDA: *Poética do pós-modernismo*. Trad. R. Cruz, Imago, Rio de Janeiro, 1991.
- JITRIK, NOÉ: *Panorama histórico de la literatura argentina*, Ateneo, Buenos Aires, 2009.
- LEBEDINSKY, M. ET AL.: *Sarmiento, más allá de la educación*. Retrato de un intelectual en acción, Capital intelectual, Buenos Aires, 2009.
- LOJO, MARÍA R.: *Amores insólitos de nuestra historia*, Alfaguara, Buenos Aires, 2001.
- _____: *La «barbarie» en la narrativa argentina. Siglo XIX*, Corregidor, Buenos Aires, 1994.
- _____: Diálogo con Mercedes Giuffré, en *Giuffré, Mercedes. En busca de una identidad*. pp. 109-127, La novela histórica en Argentina, Ed. del Signo, Buenos Aires, Argentina, 2004a.
- _____: *Historias ocultas en la Recoleta*. Investigación histórica Roberto L. Elissalde, 2 ed., Alfaguara, Buenos Aires, 2007.
- _____: *Las libres del Sur*, Sudamericana, Buenos Aires, 2004b.
- _____: «Al margen del canon», *Ñ -Revista de Cultura* (371): 20-21, Buenos Aires, 6 nov. 2010.
- _____: *Una mujer de fin de siglo*, Debolsillo, Buenos Aires, 2007.
- _____: «Una nueva excursión a los indios ranqueles». *Ciencia Hoy*. Revista de divulgación científica y tecnológica de la Asociación Ciencia Hoy, 6(36): 41-50, 1996. Disponible en www.mariarosalojo.com.ar. Acceso 31 jul. 2010.
- _____: Nuevas fronteras en el fin de milenio. *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, 56(2): 71-86, marzo-abril, 1996, Universidad Nacional Autónoma de México. Disponible en www.mariarosalojo.com.ar. Acceso 31 jul. 2010.
- _____: *La pasión de los nómades*, De bolsillo, Buenos Aires, 2008.
- _____: «Por qué escribí *La pasión de los nómades* (1994): un libro y muchos viajes». *Boletín de Literatura Comparada*. Número especial 'Literatura de viajes'. Homenaje a Nicolás Dornheim, Año XXVIII-XXX, 2003-2005, pp. 19-32. UNCuyo, Facultad de Filosofía y Letras. Disponible en: www.mariarosalojo.com.ar. Acceso 31 jul 2010.
- LUNA, FÉLIX. DOMINGO F.: *Sarmiento*, Planeta; La Nación, Buenos Aires, 2004.
- MANSILLA, LUCIO V.: *Una excursión a los indios ranqueles*. Prólogo, notas e cronología de Saul Sosnowski, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1984.

- MOLINA, HEBE B.: La poética de la rosa: Modulaciones de la ficción histórica en María Rosa Lojo, en Zonona, V. C., Molina, H. B. (ed.) *Poéticas de autor en la literatura argentina (desde 1950)*, Corregidor, Buenos Aires, 2010, Vol. II.
- SANTIAGO, SILVIANO: «O entre-lugar do discurso latino-americano». en *Uma literatura nos trópicos*, Rocco, Río de Janeiro, 2000.
- SAMOYVAULT, TIPHAINÉ: *A intertextualidade*. Trad. Sandra Nitrini, Aderaldo & Rothschild, São Paulo, 2008.
- WEINHARDT, MARILENE: «Quando a história literária vira ficção». In Antelo, Raul *et al.* (Org.). *Declínio da arte. Ascensão da cultura*. Florianópolis: ABRALIC, Letras Contemporâneas, 1998.